

el club levantásen el espíritu público, á fin de que fuese el Estado uno de los primeros en cooperar á la salvacion de México.

El peligro comun unia á todos; parecian olvidadas las disensiones locales, extinguidos los ódios, muertas las ambiciones, creyéndose por lo mismo que aquellos momentos solemnes eran los mas propios para acercar unos á otros á los que se habian alejado, para reconciliar á Avila y á Chávez. Se abrazaron éstos, lloraron, se hicieron mútuas protestas de amistad y adhesion, pero se veia claramente que nada de esto era sincero. Debia crecer tanto mas esta recíproca odiosidad, cuanto que eran el amor propio herido y la ambicion quienes la alimentaban. El gobernador veia en su secretario, que habia renunciado ya, un jefe de bandera, un émulo; Chávez creia que Avila no se detendría ante ningun obstáculo para humillarle y perderle, y habia levantado además sus aspiraciones hasta el gobierno del Estado. Por otra parte, el círculo de uno y otro separaban mas y mas á los contendientes Avila y Chávez. No querian los partidarios del primero dejar el poder que tenian en sus manos; pretendian los segundos apoderarse de la situacion. Se exacerbaron las pasiones en vez de calmarse, y la tirantez de los gobiernistas así como la impaciencia de la oposicion, hicieron imposibles la concordia, la union, tan necesarias entónces, del partido liberal. Los conservadores respiraron viendo su salvacion en el triunfo de los invasores, y apareció así otro elemento de discordia. El gobernador se dedicó preferentemente á organizar tropas, sin perjuicio de tener levantada la espada sobre las cabezas de sus enemigos.

CAPITULO XXII.

Dos años de crisis.

(1862.—1863)

Crisis. — Abusos. — Patriotismo. — El Monte de las Cruces. — Regreso de Avila. — Golpe de Estado. — Se altera la paz — Una carta. — Arriaga. — Chávez. — Los franceses.

LA RESURRECCION del partido conservador, y el peligro de la guerra extranjera; la necesidad de levantar un crecido número de tropas y la escasez de recursos para lograrlo; una fuerte oposicion frente á frente del gobierno local, y la encarnizada lucha de la prensa; la escision en el mismo círculo gobiernista y la inseguri-

BIBLIOTECA DE AVILA

dad pública acreciendo: hé aquí la situación que Avila tenía que combatir en los primeros días del año de 1862. Ese combatido y á veces calumniado gobernante, contemplaba además la elevada posición del ministro D. Jesus Terán; y aunque aquel confiaba en D. Francisco Zarco y en otras personas que en México hacían la oposición á ese funcionario, no disimulaba sus temores que en verdad no carecían de fundamento.

Para hacer mas difícil esa situación, algunos militares partidarios de Avila abusaban escandalosamente, cogiendo de leva á centenares de individuos que eran puestos en libertad, apenas pagaban alguna cantidad por su rescate ó daban armas ó géneros para el equipo de la tropa. Se había hecho del plagio de los ciudadanos, que por sí mismo es un crimen, una grangería infame que hacía mas repugnante éste. Se especulaba con la libertad del hombre, invocando la independencia de la patria; se escarnecía la moral con tan vergonzoso tráfico, y aunque el gobernador todo lo sabía, toleraba los abusos, porque entonces no quería mas que soldados, no le preocupaba otra idea que la patriótica de cooperar á la defensa de la República. No perdonó medios ni sacrificios para levantar una brigada de las tres armas.

Muchos jóvenes de buenas familias habían ofrecido voluntariamente sus servicios; los que ya tenían una carrera, una posición, pedían las armas. Comerciantes, agricultores, artesanos, se confundían en los cuarteles; las clases todas de la sociedad estaban allí representadas, principalmente en el segundo batallón, (el primero andaba en campaña á las órdenes de Gó-

mez) cuya escogida oficialidad le honraba. D. Alejandro Vazquez del Mercado, D. Miguel Guinchard, D. Guadalupe Dávila, los hermanos Venegas, D. Benito Quintos, D. Francisco Mireles, Anguiano, los hermanos Peña y otros muchos jóvenes, yo entre ellos, nos convertimos en soldados. El doctor Calera abandonó como aquellos la tranquilidad de que gozaba, dejó una clientela numerosa y una posición política (era vice-gobernador) para marchar á la campaña. Se había despertado en todos los corazones el patriotismo.

Avila quería salir á la cabeza de esas tropas y pidió para ello permiso á la legislatura. Rayon fué nombrado gobernador interino y no Cardona, como se creía. Avila desconfió de éste, sin motivo, y dejó la situación á quien como aquel no podía seguir otra política que la mas conforme con su carácter apático, indolente. Se dió el mando de la caballería al antiguo y valiente jefe D. Mariano Saenz, y el de la infantería á D. Félix de la Paz, nombrándose mayor general de la brigada á D. Eligio Venegas. Aumentaban el número de estas fuerzas una sección de artillería y la caballería del bandido y reaccionario Dionisio Perez, quien con los suyos se había indultado, ofreciendo combatir al enemigo extranjero. Avila logró al mismo tiempo que permaneciese tranquilo (así lo prometió) otro bandido mas peligroso, Juan Chávez. (1)

(1) Mucho había desprestigiado poco antes al gobierno un hecho escandaloso. Juan Chávez y dos de los suyos fueron un día á la capital, ebrios, y aquel asesinó á un señor Castillo, hombre honrado, trabajador y simpático á la población. Los culpables no

Avila salió á campaña (26 de Febrero) y desde luego debió ver que perdía la situación, mucho mas cuando le acompañaban tres diputados amigos y partidarios suyos, Calera, Romo y yo; cuando le seguían otros partidarios decididos como D. Ismael Perez Maldonado. Desde Querétaro comenzamos á ver que el ódio de bandería intrigaba para que no fuesen á Puebla las tropas del Estado. Se logró ésto y tuvimos el disgusto de marchar al Monte de las Cruces á combatir á traidores y á bandidos vulgares, cuando habíamos ofrecido voluntariamente nuestros servicios con la condicion de que se nos enviase al encuentro de los franceses. Díjose entónces que en esta intriga, en esta pequeñez se mezcló el ministro Terán, quien pudo hostilizar á Avila sin envolver á otros en la ruina de éste.

La noche del 28 de Mayo hubo en el Contadero una ligera alarma, y los días 1^o y 3 de Abril las tropas de Aguascalientes batieron á Galvez, Buitron y otros antiguos reaccionarios y bandidos, muy cerca de los lugares donde fueron vencidos y muertos los generales Degollado y Valle. (1) Ahora era lo contrario: en los encuentros que tuvieron lugar fueron derrotados por nuestros valientes, distinguiéndose en la pelea jóvenes que jamás habian oído silbar una bala, como fueron ni perseguidos, y la moral pública y la reputacion de Avila sufrieron un golpe rudo.

(1) En un punto próximo, el llano de Salazar, fué derrotado el año anterior el primer ligero de Aguascalientes al mando de D. Valente Arteaga. La derrota fué casi completa. D. Nicolas Ortuño, D. Domingo Rodriguez y otros tres jóvenes oficiales del batallon, fueron fusilados inmediatamente despues del combate.

Dávila, Vazquez del Mercado y otros, y haciéndose notables varios jefes y oficiales, como Saenz, Garcia, Jesus Anguiano, José María Medina, Estevanez, Pedro Contreras, Félix de la Paz y otros cuyos nombres no recuerdo. La tropa dejó allí, como siempre y en todas partes, bien sentada la reputacion de los soldados de Aguascalientes, y la brigada regresó á México, á donde habíamos ido Perez Maldonado y yo, con el fin de manifestar al presidente Juarez y á su ministro Hinojosa que éramos voluntarios los jefes y oficiales del Estado, pero para combatir á los invasores y no á los bandidos. Mas tarde el segundo batallon marchó á Puebla y se incorporó al primero, lo que disgustó mas á los oficiales de aquel, algunos de los cuales se separaron del servicio; fueron al mismo punto algunas caballerías, y las otras volvieron con Avila al Estado, á pesar de la oposicion del señor Terán. Todavía esta vez fué derrotado el ministro.

Volvia Avila—es la verdad—respirando odio y ardiendo en el deseo de la venganza. Durante su ausencia, sus enemigos le habian insultado de la manera mas cruel. El diputado Chávez le acusó ante la legislatura de *ladron y plagiaro*, y López habia dado á luz, entre otras caricaturas, una que representaba al gobernador en un personaje señor de vidas y haciendas. Naturalmente tan sangrientos ultrajes exacerbaban á un hombre que no podia tolerar tanta injusticia y audacia tanta. Indignaba tambien á Avila, y con razon, la tibieza de sus amigos que habian permanecido en Aguascalientes, los que le defendian torpe y débilmente; la apatía, la indolencia de Rayon; las contempori-

zaciones de los que le estaban obligados y por lo mismo en el deber de rechazar los ultrajes de que el gobernador era objeto. Llegó éste á la capital y se pusieron en juego las intrigas, tomaron mayor incremento las pasiones. Tan anormal orden de cosas se estableció entónces, que aquello debía tener, como tuvo, un desenlace. Transitoriamente calmó la excitación de los ánimos la noticia del triunfo alcanzado sobre los franceses el inolvidable 5 de Mayo, cuyo acontecimiento solemnizaron debidamente el gobierno y el pueblo del Estado.

Poco permaneció Avila en el poder: fué llamado á México por Doblado; es decir, habían triunfado en aquella lucha de intrigas, Terán y otros enemigos del gobernador. Se dispuso que yo, conocedor de las influencias que debían moverse cerca de Juarez para contrariar á los ministros de Relaciones y de Justicia, marchase á México; pero qué podía lograr contra la omnipotencia de éstos y cuando encontraba en el camino al licenciado D. Ponciano Arriaga, nombrado gobernador de Aguascalientes, por el mismo presidente de la República? Hablé sin embargo á éste, á los otros ministros, á los hombres mas influyentes de la oposicion, y me persuadí de que aquel golpe de Estado era ya uno de tantos hechos consumados que han dificultado entre nosotros la práctica de las instituciones. En este sentido escribí á Avila, aconsejándole dejase la capital del Estado donde podia ser víctima de una venganza. Entregó el gobierno á Arriaga, no sin protestar, y vino á México acompañado de sus leales amigos y partidarios, Perez Maldonado y el antiguo mayor de plaza D.

Claro F. Puento. Y ¡quién lo creyera! Un gobierno que se decia liberal y cuya alma era Doblado, no tuvo embarazo para decir á Avila que debía permanecer en México, de donde no saldria sin permiso del ministerio de la Guerra. Así se arraigaba al gobernador constitucional de un Estado libre y soberano! (1)

Con la salida de Avila, de Aguascalientes, coincidió un hecho que se atribuyó á él exclusivamente. Dionisio Perez y los suyos abandonaron intempestivamente la capital y volvieron á sus correrías; Juan Chávez volvió á tomar las armas; la paz se alteró. Formóse un grupo de traidores de la peor especie, puesto que eran criminales de orden comun los mas de ellos, y comenzó una lucha que fué tan funesta al Estado.

Pero aunque Avila no haya sido el autor de estos hechos, sí lo fué de otro que explotaron sus enemigos. Ofendido éste con el gobierno general que tan mal le trataba en México, en uno de esos arrebatos en que aquel no era dueño de sí mismo y que fueron frecuentes en ese hombre impresionable y apasionado, escribió una carta plagada de desahogos contra Juarez y contra la administracion local del Estado, asentando algunas frases que podian traducirse como un deseo, ó

(1) Como suponíamos que todo esto era obra de Terán, no cesamos de combatir á éste ministro, identificándonos con el círculo que en el congreso le hacia la oposicion, en el cual se distinguía el Sr. Zarco. Yo, al lado de éste, y bajo su ilustrada direccion, escribía en el Siglo XIX, y Avila agitaba á los enemigos de Terán. Despues (Octubre) se nos levantó el arraigo gracias á los trabajos de ese mismo círculo, principalmente á los de los Sres. Zarco y José María del Rio.

á lo ménos como una prediccion, de que se sobrepondría la intervencion extranjera al gobierno de la República. La carta era dirigida á D. Pedro P. Adame, pero la recibió y abrió el licenciado D. Pedro J. del mismo apellido. Este tuvo la debilidad ó la malicia de hacer públicos desahogos confidentiales; se sacó copia de la carta, certificada por escribano público, la cual se remitió á México sin resultado alguno, pues Juarez y sus ministros no dieron importancia al hecho.

El nuevo gobernador entre tanto creyó poder reunir á los liberales que tanto se odiaban entre sí, logrando muy poco en este sentido. Arriaga, cuyo nombre era conocido en el Estado y en el país y cuyo talento nadie podia poner en duda, conquistó pronto las simpatías de los habitantes del Estado. Alegre y jovial, lo mismo se mezclaba con las clases alta y media que con las ínfimas; de fácil palabra, se dirigía á todas en el lenguaje peculiar de cada una. Tenia carácter conciliador, dotes administrativas, energía, cuando ella era necesaria; conocia los hombres y la situacion y gobernaba por lo mismo fácilmente, mereciendo el aplauso general. No fué, sin embargo, tan imparcial, que dejase de inclinarse más á los enemigos que á los partidarios de Avila, lo que dió por resultado que fuese electo gobernador D. José María Chávez. Habia sido secretario de Arriaga D. Candelario Medina, hombre honrado, pero sin iniciativa. (1)

(1) En 23 de Octubre de 1862 expidió una circular el Sr. Terrán, ministro de Justicia, Fomento é Instruccion, ordenando á los gobernadores el establecimiento de observatorios meteorológicos.

Ya habia ocupado aquel puesto el Sr. Chávez, pero en época distinta, en circunstancias diversas y cuando eran de otra naturaleza las exigencias y los peligros. No existia la hacienda y Chávez no tenia talento ni energía para formarla. D. Cecilio Acosta, antiguo é íntegro empleado, pero que acoje ó inicia proyectos pequeños ó irrealizables, era sin embargo el financiero de la época. Los bandidos de Juan Chávez, que con su inmunda planta habian ya profanado la ciudad, (Noviembre de 1862) la amagaban nuevamente y ocupaban una gran parte del Estado á principios del siguiente año. Cuando esta situacion todo paralizaba y empobrecia, era preciso tener tropas suficientes y cargar de gabelas al pueblo, á no levantar aquellas ni imponer éstas, abandonando á la sociedad en manos de sus atroces enemigos. Vacilaba el gobernador, vacilaban sus amigos, mientras el bandolerismo tomaba creces. Recurrióse por fin á uno de esos arbitrios que sublevan los ánimos sin fruto alguno, revelan pequeñez de miras y llevan á los gobiernos al peor sitio á donde pueden ir, al del ridículo. El tesorero Acosta abortó un proyecto; discurrió imponer una contribucion, llamada del *ayuno*, exigiendo el producto de tres dias de trabajo; disposicion anti-económica y de difícil realizacion, sobre todo en aquellas circunstancias. Se expidió la ley, se hizo efectiva en cuanto fué posible, no sin que ella provocase la indignacion de unos y la burla de otros. El secretario Chávez, (D. Martin) el redactor del periódico

En Aguascalientes se cumplió con esta prevencion, pero no de la manera mas conveniente.

dico oficial, Cornejo, y otros de los amigos del gobierno, pretendían en vano defender una política y una administración las más inconvenientes: era notorio que además de los peligros y dificultades de la situación que destruían ese poder, lo minaban también las contemporizaciones, las debilidades, los odios pequeños y las pequeñas miras, la impotencia, la incapacidad. La gran razón, el gran argumento era la honradez suma de Chávez, pero esa bella cualidad, aislada, no salva á las sociedades en sus crisis violentas. Lo que sí es un hecho que honra á ese hombre y hace querida su memoria, es su afán por las mejoras materiales. En medio de una situación comprometida y cuando la atención suprema era la guerra, el señor Chávez comenzó á construir un elegante teatro al costado izquierdo de San Diego, y comenzó y concluyó la construcción de un puente sobre el río del Chicalote.

A fuerza de sacrificios y de economías, mermando el haber á la tropa y el sueldo al empleado, se organizó una fuerza de infantería y caballería que fué á batir á los bandidos cerca de Peñuelas, cuartel general de éstos. La fortuna ó la audacia de ellos, la torpeza de algún jefe de las tropas del Estado ú otras causas determinaron la completa derrota de la fuerza organizada á costa de tantos esfuerzos. El teniente coronel Gallagos, Foncada y otros oficiales más, quedaron muertos en el lugar del combate, escapando Estevanez, D. Ignacio Arteaga y otros. Todo se perdió; los bandidos se insolentaron y el gobierno quedó encerrado en una plaza mal fortificada, sin recursos, sin contar con la ayuda de los vecinos y sin elementos de resistencia.

Esto pasaba la mañana del infausto 2 de Marzo de 1863, y la sociedad alarmada temía las consecuencias del desastre, juzgando que la más inmediata de ellas sería el abandono de la plaza. Quiso el gobernador calmar la inquietud y la incertidumbre públicas, y expidió una proclama, diciendo al pueblo que no le abandonaría, que estaba resuelto á defender la ciudad. Llegó la noche; algunos vecinos—pocos por desgracia—se preparaban para resistir, y al amanecer el día siguiente se vió con asombro que estaban desiertos el palacio del gobierno y los cuarteles. Los latro-traidores ocupaban la plaza, mientras el gobernador se dirigía á Rincon de Romos, de donde á pocos días regresó á la capital del Estado.

Desde entónces las alarmas eran diarias: los bandidos no se retiraban de la ciudad, á la que habían dejado muchas familias, previendo mayores desgracias que las sufridas ya. La fuerza física del gobierno en nada aumentaba, porque nada hacía éste que salvara la situación, pero el derecho de la propia defensa comenzaba á crear la fuerza moral. Algunos de los que habían sido apáticos espectadores de las entradas triunfales de los bandidos á la capital, pretendían cooperar á la resistencia; pero el gobernador no contaba con esto, sabiendo que á la hora del peligro no estarían á su lado los que no habían estado jamás. La plaza fué al fin atacada (13 de Abril) y se empeñó una lucha terrible por sus resultados.

No podía Juan Chávez esperar aquella resistencia cuando otras veces tan fácilmente se le habían abierto las puertas de la capital, pero comenzado el combate

CAPITULO V

en él se empeñó el salvaje Atila que empujaba á los suyos al crimen, ébrio, y desde una casa del antes pueblo de San Márcos. (1) Los facinerosos saqueaban é incendiaban al grito de ¡viva la religion! La mayor parte de las tiendas del parian fueron robadas completamente á la luz del incendio, desapareciendo así grandes y modestos capitales que habian adquirido la honradez, el trabajo y la economía. El gobierno solo podia defender la parte muy pequeña de la ciudad encerrada dentro de las fortificaciones, ayudado por algunos de los vecinos. En todo lo demas de la capital pudieron cometerse impunemente todos los crímenes de que eran capaces los infames asaltantes. Y en medio de estas críticas circunstancias, no hubo un sacerdote que, animado del celo de los verdaderos discípulos de Cristo aspirase á la gloria que conquistó en Roma el santo papa Leon y en Guanajuato el humilde fraile, abispo despues, José María de Jesus Belaunzarán! Los sacerdotes creyeron cumplir con su deber dando asilo en sus casas á las personas que lo pedian, cuando el mismo hecho de que siempre fueron respetadas por los bandidos esas habitaciones, estaba indicando que el clero pudo evitar muchos males con el ascendiente que sobre aquellos tenia. (2)

(1) Juan Chávez era el verdadero jefe, pues un tal Valeriano Larrumbide, que se decia coronel, y que fué enviado por los jefes de los traidores de México para que se pusiese al frente de aquellas chusmas, nada hizo ni nada podia hacer.

(2) Mientras estos sucesos tenian lugar en Aguascalientes, en Puebla se verificaban otros que nos honran. El primer batallon ligero, en el que se habia refundido el segundo, hacia sobe-

Los últimos meses de 1862 y casi todos los del siguiente, jamás se borrarán de la memoria del pueblo cuya historia escribo. El bandidaje, que es la mas vil y repugnante de las minorías, se sobrepuso todo ese tiempo á la mayoría honrada, al gobierno, á la socie-

ranos esfuerzos con el fin de salvar á México de la dominacion extranjera. En San Javier y en otros puntos de la plaza atacada, pelearon nuestros compatriotas con el arrojo heredado de sus padres. Acabó el cuadro de sargentos durante los dias del sitio; sucumbió como un héroe el capitán D. Cayetano Mercado, y otros oficiales fueron muertos ó heridos; murieron dos tercios del batallon; y cuando se rindió la ciudad heroicamente defendida, cayeron prisioneros los restos del cuerpo. Algunos jefes y oficiales se fugaron en Orizaba, como D. Antonio Rios, D. José María Avila, D. Isidro Diaz, D. Francisco Macías, D. Cosme Zamarripa, D. Guadalupe Dávila, D. Felipe Silva, D. Guadalupe Gonzalez, Vidal, D. Juan Gallegos y D. Vidal Valdivia, y Gómez Portugal, D. Diego Rodriguez, D. Modesto Medina, D. José María Rocha, D. Antonio Medina, D. Librado Diaz y otros fueron deportados á Francia. Anguiano y Mireles no volvieron á ver el pátrio suelo. Medina vivió en España con el fruto del trabajo de sus brazos. Y cuando se determinó la reaccion favorable á las armas de la República, los que habian sobrevivido al desastre de Puebla aparecieron lidiando en distintos lugares del país. —Algunos dias antes del en que tuvo lugar la rendicion de la ciudad que presenció la espléndida batalla del 5 de Mayo, habia salido de ella, rompiendo el sitio el valiente escuadron "Reforma."

Figuraban en éste el teniente coronel D. Mariano Saenz, el comandante D. Juan García, los oficiales Pedro y Juan Contreras, D. Luz Arias, D. Deroeteo de Leon, D. Juan Estevanez, D. Victor Villalpando, D. Estanislao Martinez, D. Santiago Medina y D. Hermenegildo Gallardo y otros muchos que siguieron combatiendo á los franceses y los traidores. Estos últimos aniquilaban al Estado; se agitaban en él las mas bajas pasiones, mientras nuestros soldados se batian defendiendo la independencia de la República!

dad, lo que constituye, por decirlo así, un fenómeno social que no puedo explicarme. ¿Cómo es que un pueblo valiente, que por conquistar su independencia peleó tanto tiempo contra el poderoso Estado de Zacatecas, se dejó imponer por indisciplinadas hordas de bandidos? ¿Cómo fué ultrajada por ellos la sociedad de donde salieron los héroes de Monterey, Angostura y Padierna, los soldados del "Gallinero" y de la Reforma? Resuelvan otros esta cuestión, que yo tengo para mí que el egoísmo, que se asemeja á la cobardía, fué hijo del fanatismo religioso de unos y del espíritu de partido de otros. *Mejor turcos que papistas!* gritaban en su exaltación los protestantes del siglo XVI; "*mejor malhechores que liberales,*" dirían los ciegos é ignorantes fanáticos y los recalitrantes reaccionarios.

Con esta glacial indiferencia coincidían otros hechos que demuestran la ceguera de los partidos. Los amigos de Avila no ayudaban al gobierno de Chavez; los amigos de éste perseguían á aquellos aun en medio de las mas comprometidas situaciones. Al padre D. José María Gonzalez, á D. Miguel Belaunzarán, á Cardona y á otros se les suponía en connivencia con los bandidos; se inculpaba (atroz calumnia!) al immaculado Nieto, uno de nuestros mejores gobernantes, y muchos abandonaban el Estado temiendo las persuusiones ó las calumnias. Mas todavía—y no quisiera referir esto por ser yo la víctima. Por haber escrito en Zacatecas un artículo sobre las vacilaciones y temores del gobernador, sobre la incapacidad de éste para salvar la situación, fuí reducido á prision en la cárcel de Aguascalientes, confundido con los criminales del orden comun,

y esto cuando la plaza era amagada constantemente por los bandidos, cuando se comprendía que yo seria sacrificado por éstos, si llegaban á entrar á la misma plaza, como otras veces. (1)

Que el gobierno de Aguascalientes necesitaba de auxilio era una verdad que conoció el gobierno general, quien mandó una brigada de caballería al Estado y nombró comandante militar al general D. Joaquín Tellez. Aquella permaneció poco en Aguascalientes y éste desempeñó su empleo hasta que presencié un nuevo escándalo. Le desconocieron el gobernador, la diputación permanente, la guarnición; se hizo una parodia de los antiguos pronunciamientos, y Tellez volvió á San Luis. D. Antonio Mejía, Cardona, Arellanos, yo y otros, tambien salimos del Estado en donde no teniamos entónces garantías.

A dar auxilio al gobernador fué tambien el terrible Rojas, quien salió en persecucion de Juan Chávez. Este y aquel, ambos á la cabeza de sus respectivas fuer-

(1) D. Diego Ortigosa, uno de mis mas crueles enemigos en esa época, observó al gobernador y á su secretario (ambos eran mis parientes allegados) el peligro en que yo estaba, y propuso que mientras éste existiese se me pudiese en libertad. Ambos rechazaron la proposición y con mas ardor la rechazó tambien D. Benito Calerá, jefe político. Yo me habia quejado de tanta injusticia y arbitrariedad ante el presidente de la República, quien mandó ponerme tres veces en libertad y tres veces fué desobedecido. La última de las órdenes de Juárez en este sentido era un verdadero extrañamiento al gobernador, pero yo no salí de la cárcel sino hasta que llegó á Aguascalientes una respetable fuerza federal al mando de los generales D. Antonio Alvarez y D. Joaquín Tellez.

zas, se avistaron y colocaron frente, á frente pero no combatieron. Una que habia sido amada del mismo Chávez denunció á Rojas el lugar donde aquel tenia ocultos algunos objetos valiosos, fruto del crimen, los que Rojas tomó y llevó consigo, y regresó á Jalisco sin haber hecho nada en pro de la paz de Aguascalientes.

Pero ni todos los hechos que refiero eran los de mayores trascendencias en la triste época del gobierno del infortunado Chavez. Con aquellos coincidieron la toma de Puebla por los franceses, la desocupacion de la capital por el gobierno de la Union y otras muchas desgracias nacionales. Más y más eran inminentes los peligros, más y más era oscuro el porvenir. Avanzaron los invasores sobre el interior de la República y el gobernador y sus amigos abandonaron primero la capital y despues el Estado. Muchos de ellos no debian volver jamás al suelo donde nacieron!

CAPITULO XXIII

Los mártires.

(1864.—1865)

La invasion francesa.—Desencanto.—Basave.—Ruiz.—Rodriguez.—Gonzalez.—Las fuerzas del Estado.—Malpaso.—Jerez.—Asesinatos.—Ghilardi.—Su muerte.—Mas fusilamientos.—Cortes marciales.—Avil.—Gómez Portugal.—Cambio de política.—La prensa.—Division territorial.—Marin.—El general Arteaga.—Otro cambio de política.

POR FIN Aguascalientes sufrió, como otros muchos pueblos del país, la inmensa desgracia de ver derrocado su gobierno, destruidas sus instituciones, perdida su independencia. Los soldados de Magenta